

Romana Petri

Toda la vida



DESTINO

Índice

Portada

Dedicatoria

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Segunda parte

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Tercera parte

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Agradecimientos

Créditos

En memoria de Johnny

«Nunca se es lo bastante honesto.»
Lev Tolstói

Primera parte

1

Con la mano derecha metida en el bolsillo acariciaba una carta que se estaba ajando, y con la izquierda se apoyaba en la barandilla, mientras aspiraba el fuerte olor del océano al amanecer.

En esos días Alcina tenía el sueño breve, se sumía en un duermevela hasta que el cielo comenzaba a clarear. Según ella, la culpa la tenía *Venceguerra*, que desde que habían subido al barco no hacía más que pasarse las noches gruñendo con el morro pegado a la rendija iluminada de la puerta. Era un perro medio asilvestrado, con los ojos como dos brasas, alucinados aunque estuviera débil, un perrazo del monte, como había dicho la Jole al verlo por primera vez.

—Tú sin perro no puedes estar, ¿eh? —le había dicho—. Éste no me gusta demasiado. Mantenlo lejos de ti cuando duermes, porque me parece a mí que no es de fiar. No es como *Arduino*.

Claro que no era como *Arduino*, como él no habría jamás ningún otro, no hacía falta que lo dijese la Jole para saberlo. Pero la cuestión es que le había dado pena y tuvo la impresión de que aquel perro se parecía un poco a todas sus desventuras de aquellos tiempos, como si hubiese llegado allí, a Case Venie, para exponerlas a su vista diciéndole: «Así como me ves a mí por fuera, estás tú por dentro». Lo había visto entrar andando despacio por el paseo, como si cojeara. Se lo quedó mirando tras los cristales de la ventana, y luego salió. Desde hacía unos días le dejaba comida; el perro lo sabía pero no se arriesgaba a probarla. Lo

veía pasar corriendo por Case Venie, detenerse delante de la verja, olfatear el aire y seguir su camino. La comida se quedaba en la escudilla, se hinchaba cuando llovía, se seca cuando le daba el sol y después terminaba en la basura. A veces los gatos del monte comían un poco, la probaban apenas, porque no era comida para gatos; pan y cortezas de queso.

Alcina lo había visto al entrar en el paseo y había salido. El sol se había puesto hacía media hora y la sombra descendió de las colinas como si fuera el humo pesado de un incendio que acabaran de apagar. Tuvo la impresión de que aquella sombra, al descender, hacía ruido y entonces, por miedo a que el perro se asustara, su reacción natural fue mandarla callar con un «¡chist!» lanzado en voz baja. Ante ese sonido el perro levantó las orejas, y en la frente se le formaron tres arrugas verticales. Meneó el rabo, avanzó dos pasos más y se quedó quieto. Los separaban unos cuarenta metros; se miraron. Era un perro grande, y aunque estaba casi en la piel y los huesos pesaría unos cincuenta kilos; sus ojos rojos relucían entre aquella pelambre negra y brillante. Si Alcina se hubiese movido, aquella bestia se habría escapado o se le habría echado encima. Entonces soltó un silbido suave, como hacía su padre al regresar a casa, un silbido que era como el indicio de una melodía, casi el comienzo de una canción que nunca había ido más allá. Aquella llamada de su padre tenía un nombre, se lo había puesto ella de niña: la constelación. Por entonces, en la escuela, el maestro había dibujado una en la pizarra, y a ella, al contar el número de estrellas, le había parecido que eran tantas como las notas del silbido de reconocimiento de su padre, y una de ellas era más luminosa que el resto y ocupaba el lugar adecuado, el de la penúltima nota, que se prolongaba por lo menos tres compases antes de la última, con la que culminaba.

Fue como si el perro conociera aquel silbido desde siempre, aunque no se parecía a ningún otro, porque echó otra vez a andar despacio, hacia ella. Cuando estuvo a pocos metros, de su boca partió una especie de bramido nada canino, algo que se asemejaba al que hace un peñasco al desprenderse de su montaña. Y como un peñasco sin apoyo cayó al suelo, y desde allí suspiró tan profundamente que levantó una nube de gravilla. Entonces Alcina le dijo: «Si no fueras perro, serías un mal agüero», y, tras dar los últimos pasos que la separaban del animal, se sentó a su lado y le pasó la mano por la negra cabezota. El perro hizo un ruido como si tuviera dentera, y lo repitió varias veces seguidas, con los ojos en blanco. Alcina le rascó un costado y el perro se volvió sobre el lomo, dejando al descubierto un puñado de garrapatas que llevaba prendidas debajo de la axila derecha.

—Por eso cojeas —le dijo—. Ahora te lo arreglo yo, no te muevas.

Cogió un trapo, lo embebió en aceite de oliva y lo aplicó a la axila del perro, presionando ligeramente. *Venceguerra* levantó apenas el belfo izquierdo, no era para enseñar los dientes, sino para enviarle un aviso de fastidio que podía querer decir: «Como insistas, te muerdo». Pero Alcina no era de las que se echan atrás, se quedó donde estaba, mirándolo a los ojos, y le dijo:

—Pórtate bien lo que tarden en emborracharse, así te las quito sin que te duela.

Le quitó las garrapatas y las quemó en el patio. El perro contempló aquella pequeña fogata con las tres arrugas en la frente, y luego salió a la carrera en dirección al barranco, como enloquecido, y ella lo vio pasar como una flecha entre los tilos, una sombra negra engullida poco a poco por la noche. Le hizo bien verlo correr feliz, pero también le hizo mal, porque de esa forma insensata había visto correr a su hermano Aliseo, que sólo había vivido la vida tímida de los adolescentes y luego había muerto ajusticiado por

ese fascista de Minghetti, justo en el último momento, y había dejado de correr, de palidecer, de enamorarse de las muchachas que ni siquiera conocía, porque ése era el sentimiento que lo hacía galopar hasta allá arriba, más allá del barranco, cuando se ponía el sol: las fantasías secretas de los amores.

Alcina se pasó la mano por la frente, como para ahuyentar los pensamientos, y la dejó allí posada un momento, sobre una arruga vertical que se notaba al tacto. Después volvió a entrar en casa a prepararle un amasijo de pan y leche. Cuando salió otra vez, el perro estaba en medio de la explanada, soltando espuma por la boca tras la carrera y un humo denso de toro por la nariz, visible incluso en la oscuridad. Alcina dejó la escudilla en el suelo y el perro se puso a comer con tanta desesperación que a punto estuvo de morir por no respirar y, mientras se ahogaba, gruñía como para defenderse de cuanto se zampaba, al tiempo que emitía aquellos potentes bramidos y gañía de placer, y todas estas cosas las hacía a la vez, como si fuese muchos perros en uno.

Cuando terminó de comer, levantó el morro sucio, chorreando baba y amasijo. Aquella espuma alimenticia, casi filamentos elásticos, le dibujó una extraña corona en el lomo y en la cabeza cuando al final se sacudió. Aquellos hilos quedaron un momento suspendidos en el aire, y luego volvieron a caerle encima. Era un monstruo dramático y cómico, y Alcina estalló en carcajadas. Le dijo:

—Eres cómico y precioso. Te pondré un nombre difícil, ¿te lo aprenderás? Te llamarás *Venceguerra* porque eres lo bastante intrépido para merecerlo, y porque me lo pidió una persona a la que quiero no sabes tú cuánto. Y ahora, buenas noches.

El cielo estaba estrellado y hasta se veía la constelación que el maestro había dibujado en la pizarra. Alcina contó las estrellas con el índice, una a una, y en la penúlti-

ma se detuvo el tiempo de tres compases. Pero no silbó la melodía, se la guardó para ella y cerró la puerta.

Ya no conciliaba el sueño con tanta facilidad. Desde que había terminado la guerra y había regresado de Malagronda, donde durante tanto tiempo compartió sus noches con los compañeros partisanos, el sueño se había convertido en su enemigo. Porque le venían los pensamientos; de día conseguía mantenerlos a raya, pero por la noche no le daban tregua. Durante el día hacía tanto o más que un hombre, se deslomaba a su manera penosa sobre la tierra y dentro de la casa, sin permitirse un momento de descanso. Al final de la jornada, cuando se metía en la cama y apagaba la luz, se quedaba con los ojos muy abiertos en la negra noche del campo, y entonces todos los pensamientos se subían a sus botes para desembarcar allí, en su cuarto, y comerla viva. Tenía demasiados recuerdos, Alcina, y por la noche se convertían en dolores. «Una caricia por cada dolor —pensaba—. Un velo de dulzura por todos ellos.» Y no conseguía rezar, y se quedaba sin aliento, y le entraban las palpitations y sentía unos dolorcillos en las costillas que le impedían respirar y la sumían en un silencio interior plagado de miedos.

Esa noche, a los recuerdos se sumaron los gañidos del perro en la explanada. «¡Bestia del demonio!», exclamó Alcina, y se levantó sin notar siquiera el frío de las baldosas debajo de los pies. Bajó las escaleras y abrió la puerta para mandarlo callar, porque ya aullaba como un lobo, pero no le dio tiempo, porque el bicho se metió en la casa como una furia y empezó a correr alrededor de la mesa del comedor, y a agacharse sobre las patas anteriores como hacen los cachorros cuando tienen ganas de jugar y los perros adultos cuando se alegran después de mucho tiempo de no ver a sus amos. Alcina se sentó en el sillón para mirarlo y se echó a reír porque aquel perro tenía un aspecto heráldico que encajaba mal con toda aquella pantomima. Y siguieron así hasta que *Venceguerra* quedó muerto de cansancio

y se echó a sus pies exhausto, resollando como una locomotora, con los ojos en blanco como los locos, la cola golpeando el suelo con un ruido sordo.

—Así me gusta —le dijo ella—. ¿Has terminado de hacer teatro? Muy bien, entonces podemos irnos a dormir.

Se levantó y fue a la escalera, y el perro la siguió, como si fuese una costumbre que venía de lejos. Y cuando Alcina se metió en la cama, él se ovilló en la alfombrita, y así pasaron la primera noche juntos, mecidos por los sonidos inhumanos que *Venceguerra* haría siempre al dormir, en todos los años por venir, cada vez que cambiaba de postura. Bruidos como de piedra que se parte, provocados por vete a saber qué horribles sueños caninos. Alcina sacó un brazo de entre las mantas, le acarició la enorme cabeza, dura como un tronco, y se durmió envuelta en el fuerte olor montañés que no tardó en apoderarse del cuarto entero.

Lo llamó *Venceguerra*, como le había sugerido Spaltero antes de emprender su gran viaje en busca de fortuna, pero en todos los años que vivió, la mayoría de las veces Alcina lo llamaba «¡Bestia del demonio!», porque a aquel perro prácticamente le faltaba el juicio, y casi todo lo que hacía eran locuras endiabladas, que fueron leyenda hasta en el pueblo. «¿Quién? —decían—. ¿El perro de Alcina? ¡Vaya bestia!» Y cuando lo decían no les faltaba razón, pues, por más que *Venceguerra* fuera dócil con su ama, al resto del mundo le tenía un odio inmenso, y, por una manía de lo más peculiar que carecía de explicación, estaba convencido de que el mundo era todo suyo y que todos los demás, sin importar dónde se encontraran, eran sus enemigos. Con ese estado de ánimo vagaba por la finca de Alcina y también por Case Venie, y por todos los campos y los valles, porque *Venceguerra* era así, cavaba un agujero debajo de la alambrada y se escapaba a toda velocidad durante todas las horas que le daba la gana, y no había grito ni silbido de constelación capaz de hacerlo regresar, volvía sólo cuando le entraban unas ganas inmensas de ver otra

vez a Alcina. Entonces se presentaba de repente, sucio y hediendo a todo tipo de secreciones, y la llamaba con sus bramidos montaraces, y se dejaba encontrar en el centro de la explanada con la expresión orgullosa de quien piensa: «Me merezco todo porque soy yo».

Sin embargo, también le entraba la tristeza, y sus ojos abrasadores se humedecían un poco cuando Alcina tomaba su cabezota entre las manos y, mientras le hacía cosquillas en la base de las orejas, le decía:

—Eres un perro precioso, pero tontorrón con ganas, no te pareces a *Arduino*. Él sí que era sabio, lo hacía todo bien, era buen guardián pero también era tranquilo, ladraba sólo cuando llegaba alguien y, si se trataba de un amigo, lo reconocía y lo recibía bien, adivinaba cuándo estaba triste y cuándo estaba contenta... y en la guerra fue un soldado muy valiente, respetado por todos como si se hubiese tratado de un verdadero hombrecito. Eso es porque *Arduino* razonaba, tú, en cambio, eres un descerebrado, él era limpio y tú escarbas como los puercos y hueles mal, él se quedaba siempre aquí conmigo, y tú te escapabas y te vas a asustar a todo el mundo. Él a Adelmo no le hacía ni caso, pero tú ya lo has mordido dos veces. Ay, *Venceguerra*, con esa cabezota tan grande, ¿cómo es posible que la tengas tan hueca?

El perro la escuchaba, pero, por las tres arrugas verticales que se le formaban en la frente como verrugas grandes, mostraba la inquietud del que no entiende ni una palabra. Y, aunque cuando se explica puede parecer pura casualidad, todas las veces, después de aquellas conversaciones, se alejaba trotando, y siempre, como quien no quiere la cosa, se paraba donde *Arduino* estaba enterrado, y allí mismo hacía pis, una meada bien abundante. «¡Bestia del demonio! —le gritaba Alcina—. ¡Ni se te ocurra volver a hacerlo!»

Así estaban las cosas desde que había terminado la guerra, la vida era una sucesión de días, una suma por descontar, y aunque en cierta manera curaba, también vaciaba y consumía como el agotamiento. De vez en cuando seguía yendo al caserío de la Jole a pasar alguna velada charlando. Grinzetta estaba cada vez más mudo, sumido en sus sombras, y la carpintería, envuelta en un polvillo rancio en el que no se olía más que la vejez.

—Nos hemos hecho demasiado viejos —decía la Jole, mirando a su marido que se quedaba mudo—. Pobrecillo, él lo sigue haciendo todo, pero se fatiga.

Adelmo asentía con la cabeza, y acariciaba con una mirada irónica a su hermano y a su cuñada, como queriendo decir: «Pero estoy yo, que tengo diez años menos que vosotros, y todavía no me canso ocupándome de todo».

Aquella mirada era irónica cuando la observabas, pero sólo si lo hacías sin conocer a Adelmo, porque en realidad era una sonrisa buena, de esas que el carácter umbrío altera desplazando hacia delante la mandíbula mientras los ojos se alzan y miran el cielo.

Alcina se volvía cada vez más temprano de aquellas veladas y regresaba a su casa cruzando los campos con una dolorosa punzada en el pecho. No es que añorase vete a saber qué alegría de su vida, pero ahora que todo había pasado y que muchas de aquellas tristezas que siempre había llevado sobre los hombros ya no existían, les veía su punto bonito, tal vez por el mero hecho de que no podían retornar. Una de aquellas veces en que regresaba a casa le asaltó una idea completamente contraria. «No es cierto que nada vuelve» —pensó, deteniéndose entre la hierba alta, con los brazos cruzados—. Algunos recuerdos también lo logran, y de qué manera.» Entonces se sintió como aterida por un escalofrío sin frío que la sangre transportó a lo largo y a lo ancho de su cuerpo, como si hubiese perdido el rumbo y con las prisas trazara caminos nuevos que la arrastraban, como si dentro de ella, además de la sangre, llevara

también todo el viento. Se quedó sin aliento, a mitad de camino entre su casa y la de la Jole, mientras *Venceguerra*, que ya había notado su regreso, ladraba a lo lejos, atado a su cadena. Pero no sintió ni vio casi nada, Alcina, porque de repente revivió, denso y caluroso, el largo beso que Spaltero le había dado en la verja antes de partir, y como si acabara de recibirlo, se llevó una mano a los labios ardientes, y se echó a reír cayendo de rodillas sobre la hierba fresca, mientras el crepúsculo empañaba el aire inmóvil de la primavera. Se miró entonces las manos, ya bronceadas, y tuvo la impresión de verse entera, porque había una Alcina en el suelo que reía y otra de pie que la observaba. Y se sintió llena de vida, aunque tuviese las piernas flojas y por la garganta le bajara un sabor dulce, mezcla de recuerdos y futuro. Y, entonces, la Alcina que estaba de pie le dijo:

—¿De veras creías que ibas a olvidar? La vida no se va así a tumba abierta; sólo pasan las insignificancias, todo lo demás queda. Mantente alegre, que el día menos pensado te llega una canción. ¿Has entendido? Una canción.

Alcina estaba acostumbrada a las rarezas, pues por naturaleza mezclaba la realidad y lo maravilloso sin demasiadas distinciones. Pero ver a su otro yo que la miraba no le había ocurrido nunca, y no fue cosa de un momento, porque seguía allí, con un bonito aspecto hecho de vete a saber qué vida menos pensativa, esa que se conserva en buen estado y que está oculta en todos. La veía bien, Alcina, a la rareza que tenía delante. Debió de salir de su interior junto con la respiración, debió de levantar las barreras y el pensamiento se había hecho realidad tal como era en verdad incluso cuando quien piensa no lo sabe. Claro que no se había olvidado de Spaltero, sus miedos lo habían mantenido siempre alejado, como en un paisaje metido dentro de un marco. ¿Qué podía saber de alguien tan apuesto como él, y tan joven, que se había marchado a la Argentina? Y el recuerdo de ella, ¿cuánto podía durarle en la cabeza? Nada, el tiempo que tarda la travesía. A lo mejor

ni eso. Nada más llegar a la Argentina la Alcina de la época de Malagronda se le había olvidado, la que lo había tenido en suspenso durante bastante tiempo, y después, se había dejado besar en el último momento, un solo beso, pero de esos que te arrancan las entrañas y las inflaman y te las dejan así por siempre jamás. ¿Cómo era de grande la boca de Spaltero? Se lo había preguntado un número de veces imposible de calcular, y todas las veces fingiendo que no se preguntaba nada. Aquella boca era inmensa, un abismo, y ella había caído en él con un solo beso, y después, como siempre ocurría en su vida hecha de miedos, había hecho la guerra con el recuerdo de aquel beso. Pero ahora que la Alcina que tenía enfrente le recordaba que las promesas del pasado podían volver a asomarse al presente sintió deseos de ir a su encuentro para guardarla nuevamente en su interior, con todos sus pensamientos y sus bonitas reflexiones.

Cuando volvió a ser una sola oyó los aullidos de *Venciguerra* atado a su cadena, y de lejos también lo vio meñar el rabo. Pero se le habían pasado las ganas de regresar a casa, de modo que echó a correr por la cuesta, hacia la luz encendida de la Jole.

—¿Qué pasa, te has olvidado de algo? —le preguntó la Jole al verla regresar.

Pero a Alcina le faltaba el aliento tras la carrera, y se sentó a la mesa, que seguía puesta, se sirvió un vaso de vino y se lo bebió de un trago.

—Tengo que hablar contigo —le dijo con los ojos encendidos—. Pero a solas.

La Jole se secó las manos en el delantal, miró a su marido y a su cuñado, sentados delante del hogar, con la vista clavada en el fuego, como si la llama los volviera sordos, y tras una breve vacilación, dijo:

—Vámonos al establo.

Bajaron la escalera sin decir palabra, Alcina veloz como los gatos, la Jole despacio, poniendo ambos pies en el mismo peldaño, resoplando de vez en cuando, no por la fatiga, sino por la rabia, por cuánto le dolían los pies aunque calzara los zapatos viejos y recios de su marido, los únicos que le cabían. En el establo flotaba el fuerte olor del ternero, nacido dos días antes, que te llenaba la nariz y te bajaba por la garganta, donde, tras macerarse, producía un sabor dulzón de paja y vísceras recalentadas. La Jole se apoyó en el pesebre y Alcina se quedó de pie en la puerta.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó la Jole.

—¿Te acuerdas de cuando me dijiste que debía buscar marido?

—Claro que me acuerdo, pero ahora ya te has hecho vieja.

—¡Jole, que todavía no he cumplido treinta y tres años!

—¿Y te parecen pocos? Yo a tu edad llevaba casada diez años y ya tenía tres hijos.

—Sí, pero cada una tiene su tiempo.

Alcina bajó la vista y se mordió una mejilla por dentro, como prueba de su arrepentimiento por haber hablado. La Jole se dio cuenta, y como no supo qué decir para remediar tanta rudeza injustificada, empezó a limpiarse los dientes con una paja finita. Después se ablandó con una sonrisa de las suyas, toda ojos azules que se llenaban de mucha picardía e inocencia a la vez.

—¿Y de quién estaríamos hablando? —le preguntó, rompiendo la pajita con los dientes.

—Mira, Jole, a lo mejor no debería contártelo siquiera porque tú no sirves más que para criticar, pero la cuestión es que no me queda nadie, y me parece que ya no puedo guardármelo todo para mí, y no sé si esto es buena o mala señal. Ahora escúchame y no hables hasta que haya terminado. Jole, yo nunca he tenido un amor, no lo he querido. Me pasé mucho tiempo sin averiguar por qué, y de repente lo vi claro, como cuando se abre el cielo. No voy a darte